

Violencia social e historia: el nivel del acontecimiento¹



Francisco A. Ortega²
Universidad Nacional de Colombia³
fortega@unal.edu.co

Recibido: 26 de junio 2008
Aceptado: 30 de septiembre 2008

¹ Este artículo se elaboró a partir de la investigación realizada dentro del proyecto «Trauma, Historia y Cultura» financiado por la División de Investigación Bogotá -DIB- de la Universidad Nacional de Colombia. El autor es miembro (y ha contado con el apoyo de) del grupo de investigación Conflicto Social y Violencia del Instituto CES de la Universidad Nacional de Colombia. Breves apartes de este artículo fueron publicados en la introducción al libro *Veena Das: Sujetos de dolor, agentes de dignidad*.

² B.A. Literatura Inglesa y Estudios Hispánicos, University of Massachusetts/Boston 1992. M.A. Departamento de Estudios Comparados Chicago University 1993. Ph.D. en Literatura Comparada, University of Chicago, 2001.

³ Profesor Asociado del Departamento de Historia, e investigador del Instituto CES.

Violencia social e historia: el nivel del acontecimiento

Resumen

En las páginas que siguen haré evidente cómo se han re-configurado en el campo de la historia y las ciencias sociales desde los años ochenta el acontecimiento, la narrativa y lo político. En primer lugar, señalo el momento de choque inicial, aquella experiencia histórica que produce el *trauma* la víctima. Esa experiencia desestructurante produce una textura emocional asociada al intenso sufrimiento y a la fragmentación social. En segundo lugar, destaco los varios momentos de *construcción narrativa* del acontecimiento, desde el intento inicial de asimilación de su sentido hasta las repeticiones compulsivas posteriores. Será la narrativa –desde el testimonio de las víctimas, pasando por los medios de comunicación y las agencias internacionales, hasta la historia académica-- la modalidad discursiva que por excelencia tratará de asignarle coherencia y sentido a las experiencias traumáticas. En tercer y último lugar, me interesa subrayar la condición compulsiva de la repetición, insistencia enigmática que estructura el campo de posibles acciones y respuestas disponibles a los colectivos y que ofrece claves para los procesos de identificación grupal y de rechazo, la fuerza de las memorias, su silenciamiento y reclamos: la trama de *lo político*. Aunque analíticamente han sido susceptibles de análisis independientes, estos tres registros co-existen y su actualidad en la teoría social contemporánea sugiere que hacen parte de un entramado que bien debe mirarse en su conjunto. En este texto haré un recuento de algunos debates en torno a estos tres conceptos y posteriormente ilustraré lo modos en que esos debates animan las elaboraciones teóricas en torno al campo de convergencia que llamaremos estudios sobre o en torno al trauma social.

Palabras clave: Violencia, acontecimiento, trauma, narrativa, lo político.

Social Violence and History: The Level of the Event

Abstract

In this article I will demonstrate how in the fields of history and social sciences, event, narrative and the political have been reconfigured since the 1980s. First, I show the moment of the initial shock, that historical experience that produces the trauma of the victim. This desstructuralizing experience produces an emotional texture associated to the intense suffering and the social fragmentation. Second, I highlight the various moments of narrative construction of the event, from the initial intent of assimilating its meaning to the later compulsive repetitions. Narrative – from the testimony of victims, passing through the news media and international agencies, to academic history – will be the modality of discourse that will try to assign coherence and meaning to traumatic experiences. Third and last, I am interested in emphasizing the compulsive condition of repetition; the enigmatic insistence that structures the field of possible actions and available answers to the collectives that offer keys to the processes of group identification and rejection, the force of memories, their silencing and complaints: the political plot. Although analytically they have been susceptible to independent analysis, these three records coexist, and their current place in contemporary social theory suggests that they form part of a plot that should be looked at as a whole. In this text I will again present some of the debates around these three concepts, and later illustrate the ways in which these debates inform the theoretical discussions around the field of convergence, which we shall call studies about or around social trauma.

Key words: violence, event, trauma, narrative, the political.

Violência social e história: o nível do acontecimento

Resumo

Nas páginas a seguir tornarei evidente como o acontecimento, a narrativa e o político têm se re-configurado no campo da história e das Ciências Sociais a partir dos anos oitenta. Em primeiro lugar, assinalo o momento de choque inicial, aquela experiência histórica que gera o trauma da vítima. Essa experiência desestruturante produz uma textura emocional associada ao intenso sofrimento e à fragmentação social. Em segundo lugar, destaco os vários momentos de construção narrativa do acontecimento, isto a partir da tentativa inicial de assimilação de seu sentido até as repetições compulsórias posteriores. Será a narrativa –a partir dos depoimentos das vítimas, passando pela mídia e as agências internacionais, até a história acadêmica- a modalidade discursiva por excelência que tratará de atribuir coerência e sentido às experiências traumáticas. Em terceiro e último lugar, estou interessado em destacar a condição compulsiva da repetição, insistência enigmática que estrutura o campo de possíveis ações e respostas disponíveis aos coletivos. Da mesma forma, essa insistência oferece chaves aos processos de identificação grupal e de rejeição, a força das memórias, seu silenciamento e reivindicações: a trama do político. Embora analiticamente tenham sido suscetíveis de análises independentes, os três registros co-existem e sua vigência na teoria social contemporânea sugere que fazem parte de uma rede que deve ser vista no seu conjunto. Neste texto, retomarei alguns debates em torno desses três conceitos e, posteriormente, ilustrarei os modos em que esses debates animam as elaborações teóricas em torno do campo de convergência que nomearemos de estudos sobre ou em torno do trauma social.

Palavras chave: violência, acontecimento, trauma, narrativa, o político.

Apretad; oh, apretad -en el día de la destrucción- a la tierra el oído que escucha, y escucharéis, a través del sueño escucharéis cómo en la muerte empieza la vida.

Nelly Sachs

I. El trauma social: un nuevo campo de estudio

En los últimos veinte años ha aparecido una bibliografía muy sugerente en las humanidades y ciencias sociales sobre lo que se ha dado en llamar experiencias traumáticas colectivas. La producción intelectual ha llegado a tal punto y es de tan alta calidad que no es desacertado decir que hoy en día existe un campo de convergencias que bien podríamos llamar «estudios sobre o en torno al trauma social».

El término de trauma está ineludiblemente asociado al psicoanálisis. En efecto, es en *Mas allá del principio del placer* (1919), la elaboración más extensa y sostenida de Freud sobre el tema, donde postula por primera vez el concepto de neurosis traumática. En este libro Freud afirma que el trauma constituye la respuesta del organismo a una excitación excesiva del mundo externo que rompe la barrera protectora del ego

y que sobreviene de manera tan repentina que no es completamente asimilada por éste. El ego—en un gesto que contradice la economía mental del principio del placer— se ve en la necesidad de repetir la experiencia a través de pesadillas, *flashlights*, o acciones conscientes o inconscientes con el objeto de conocer y reducir al dominio de la experiencia el evento. Sin embargo, la repetición no logra captar ese conocimiento y termina formándose una conducta compulsiva precedida por ataques de ansiedad.

No obstante, buena parte de la reflexión sobre trauma colectivo ocurre a partir de los intentos por entender el sufrimiento, las memorias y los legados de la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto judío. En 1967 los sociólogos alemanes Alexander y Margaret Mitscherlich publican *Fundamentos del comportamiento colectivo: La incapacidad de sentir duelo*. El libro se apropia de los principios generales expuestos por Freud para discernir las dinámicas sociales (es decir, no comportamientos individuales) y, en particular, examinar la cultura política alemana de posguerra a la luz de su incapacidad para elaborar la derrota y reconocer su responsabilidad durante la Segunda Guerra Mundial, incluido el Holocausto judío. Esa incapacidad resulta en una imposibilidad de hacer el duelo por lo que se perdió y reconstruir su identidad en un nuevo contexto geo-político.

A partir de los años setenta surgen tres miradas diversas que van a alimentar la reflexión en torno a la noción de trauma colectivo o social.⁴ En primer lugar, un grupo de historiadores e investigadores de las ciencias sociales —entre los que se encuentran Robert Jay Lifton, Kai Erikson, Charles Figley, Saul Friedlander, Christopher Browning y Robert Young— insisten en que hay eventos extremos o límites —por sus efectos des-estructurantes, su capacidad de infligir sufrimiento, su mismo carácter socialmente inédito—cuya experiencia social no es fácilmente traducible al lenguaje científico. Para estos investigadores el problema consiste en ajustar o suspender los modelos historiográficos, antropológicos y sociológicos vigentes para aprehender la especificidad de los acontecimientos.

El trabajo del sociólogo Kai Erikson es paradigmático de esta primera tradición intelectual. Apoyándose en su trabajo sociológico en zonas devastadas, Erikson propuso en 1976 el concepto de trauma social para designar el «ethos —o cultura grupal—que es diferente a la suma de las heridas... personales que lo constituyen, y es más que éstas» (Erikson,

⁴ Insisto en que me interesa el término en tanto pueda designa una experiencia colectiva y social, no individual ni médica. Por lo tanto, en lo que sigue no me ocuparé de la trayectoria contemporánea de las teorías psicoanalíticas, psiquiátricas o médicas en torno al trauma, ni tan siquiera en aquellos casos en que la literatura converge. Una diferencia fundamental persiste, aun con la literatura médica que se ocupa del contexto social. En el primer caso el objeto de estudio de estudio es el individuo (el paciente); en el segundo el objeto de estudio es el colectivo.

1995: 185).⁵ Su trabajo pionero hace hincapié en los modos en que la violencia social trabaja sobre el tejido comunal, lo descompone y le sustrae herramientas a la comunidad para que sus miembros habiten en el mundo. Para Erikson (1995: 185) «el “trauma” tiene que comprenderse como resultado de una *constelación de experiencias vitales*; además de cómo evento discreto; debe entenderse como producto de una *condición persistente*, además de cómo un suceso grave».

Aunque este grupo de investigadores inevitablemente se ocupó del problema de la narración, será otro grupo de académicos, provenientes de las humanidades, la crítica literaria y la filosofía (entre ellos George Steiner, Shoshana Felman, Geofrey Hartman, Cathy Caruth, Elaine Scarry), quienes van a enfrentarse de manera directa con los lenguajes y modalidades adecuadas para dar cuenta de la experiencia y por lo tanto representar la experiencia. El problema principal para estos investigadores es cómo *escuchar* ese exceso de la experiencia social, esa remota voz del testigo de un evento que, como señaló Primo Levi, basa su poder terrible en su capacidad para eliminar todos los testigos.

El trabajo de Dori Laub y Shoshana Felman sobre el testimonio de sobrevivientes del Holocausto es un ejemplo destacado de esta línea de trabajo. Para Laub y Felman, las experiencias traumáticas generan una dificultad para comprender lo que ocurrió, las razones por las que ocurrió y las consecuencias que la ocurrencia tiene. Esa dificultad para conocer el evento demanda simultáneamente una aproximación que de cuenta y atestigüe el desconcierto y el sufrimiento de las víctimas.

Esa reflexión a su vez nos remite a una tercera tradición que nutre la reflexión en torno a la noción de trauma colectivo o social. Una vez que se ha elaborado el testimonio, ¿qué hacer con ese saber, con ese «conocimiento envenenado», como lo llama la antropóloga Veena Das? ¿De qué manera ese conocimiento puede contribuir a la restitución, reparación y a la concientización? Pero, por otra parte, también surge la sospecha de la banalidad del mal, la certeza que nuestras sociedades están profundamente implicadas en la producción de la violencia y el sufrimiento social.

Estas preguntas necesariamente nos remiten a la dimensión ética y política que se hace evidente en toda respuesta a la violencia social. Así, para el historiador Dominick LaCapra responder a la experiencia traumática, de manera crítica y responsable, significa enfrentar los legados divididos, las heridas abiertas y las pérdidas terribles del pasado. Por eso la producción de conocimiento tiene siempre el potencial de ser simultáneamente una forma de atestiguamiento y un trabajo de duelo (La Capra, 2001: 45-48). En las páginas que siguen haré evidente como estas tres tradiciones coinciden con tres temas que han re-configurado el campo de la historia y las ciencias sociales desde los

⁵ El texto de Erikson, “Notes on Trauma and Community”, fue traducido por Carlos Morales como «Notas sobre trauma y comunidad» y aparecerá en Ortega Martínez, ed. (2008a).

años ochenta: el acontecimiento, la narrativa y lo político. En primer lugar, quiero señalar el momento de choque inicial, aquella experiencia histórica que produce la excitación excesiva que abrumba a la víctima. Esa experiencia desestructurante produce una textura emocional asociadas al intenso sufrimiento y a la fragmentación social.

En segundo lugar, destaco los varios momentos de construcción narrativa del acontecimiento, desde el intento inicial de asimilación de su sentido hasta las repeticiones compulsivas posteriores, todos ejercicios manifiestamente fallidos y, sin embargo, necesarios. Será la narrativa –desde el testimonio de las víctimas, pasando por los medios de comunicación y las agencias internacionales, hasta la historia académica-- la modalidad discursiva que por excelencia tratará de asignarle coherencia y sentido a las experiencias traumáticas. En tercer y último lugar, me interesa subrayar la condición compulsiva de la repetición, insistencia enigmática que estructura el campo de posibles acciones y respuestas disponibles a los colectivos y que ofrece claves para los procesos de identificación grupal y de rechazo, la fuerza de las memorias, su silenciamiento y reclamos, la trama de lo político.

Aunque analíticamente han sido susceptibles de análisis independientes, estos tres registros co-existen y su actualidad en la teoría social contemporánea sugiere que hacen parte de un entramado que bien debe mirarse en su conjunto. En efecto, estudiar un acontecimiento significa necesariamente descender al universo de significados, representaciones y prácticas locales, en toda su diversidad y conflictividad, señalar como estructura un campo de experiencias posibles, y entender como las múltiples narrativizaciones de ese antagonismo lo constituye como tal. En lo que sigue haré un breve y polémico recuento de algunos debates en torno a estos tres conceptos y posteriormente ilustraré lo modos en que esos debates animan las elaboraciones teóricas en torno al campo de convergencia que llamaremos estudios sobre o en torno al trauma social.

II: Excurso historiográfico: Los *Annales* y el eclipse del evento

Nuestro sentido contemporáneo de la historia, escribe Reinhard Koselleck, reúne dos campos semánticos que habían permanecidos independientes hasta el siglo XVIII: la *Geschichte*, o los hechos que acontecen, y la *Histoire*, el relato de lo acontecido (Koselleck, 2004: 38-45). Desde entonces la historia convoca tensa y simultáneamente el acontecimiento y la palabra del acontecer y, desde entonces, la historia de la disciplina ha sido la de un constante re-acomodamiento de estos dos términos.

La historia rankeana partía del supuesto que los acontecimientos simplemente existían y el trabajo del historiador consistía en transcribir, lo más correctamente posible, aquello que había verdaderamente ocurrido. Los acontecimientos políticos, o conjunto de hechos reconocidos como significativos en la vida pública de un colectivo, se

convertían automáticamente en el anclaje de la historia y sus marcas más visibles. La narración del historiador revelaba la coherencia y causalidad que permanecía oculta para el observador casual.

La crítica al positivismo y la ruptura con la «historia evenemencial» –historia de los eventos notables– empieza con la búsqueda de lógicas sociales que trascienden la inmediatez de las eventualidades. La búsqueda del «hecho social total» (de acuerdo a la famosa expresión de Marcel Mauss), se entiende perfectamente dentro del ascenso de las ciencias sociales y la aspiración de la historia por convertirse en una ciencia. A principios del siglo XX, Francois Simiand escribía «Si el estudio de los hechos humanos pretende constituirse en una ciencia positiva, debe alejarse de los hechos únicos y centrar su atención en los hechos que se repiten, es decir debe rechazar lo accidental y apegarse a lo regular, eliminar lo individual y estudiar solamente lo social» (Boutier, 2005: 239).⁶ A partir de ese momento, la noción de evento queda tipificada por la singularidad, contingencia y desviación (todas características que imposibilitan la sistematización) y subsiste asociada a la vieja historia política, subsidiaria del poder y sometida al vaivén de los poderosos.

En la lección inaugural del Colegio de Francia de 1933 Lucien Febvre, fundador de la escuela de *Annales*, rechazó la noción de evento entendida esta como «átomo histórico visible e intangible que adquiere significado por su ubicación cronológica próxima a otros átomos, sin consideración por lo diferentes que puedan ser» (Stoianovich, 1976: 102-103). Será Fernand Braudel, quizá el historiador más influyente de *Annales*, quien a finales de los cuarenta desarrolló un modelo de temporalidades que re-configuró radicalmente el análisis histórico. Tras la cortina de humo de los sucesos, el historiador de los *Annales* propone la impávida larga duración, medida apropiada para entender la eficacia de las estructuras sociales a lo largo de la historia. En efecto, según Braudel las relaciones de larga duración son las que organizan las relaciones humanas; el tiempo corto, los eventos, son apenas agitaciones de superficie que «... se desvanecen con rapidez, y no siempre dejan tras de sí las importantes consecuencias anunciadas» (Braudel, 2002: 24).⁷

⁶ Mi traducción de «Si donc l'étude des faits humains veut se constituer en science positive, elle est conduite à se détourner des faits uniques pour se prendre aux faits qui se répètent, c'est-à-dire à écarter l'accidentel pour s'attacher au régulier, à éliminer l'individuel pour étudier le social». El texto de Simiand (1903) se titula «Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos». Fue originalmente publicado en *Revue de Synthèse Historique* VI: 1-22; 129-157. La cita corresponde a la p. 17. El artículo fue posteriormente publicado por Fernand Braudel, en 1960, en la famosa sección «Débats et combats» de *Annales* XV(2): 83-119 para que le permitiera a los jóvenes historiadores de entonces «mesurer le chemin parcouru en un demi-siècle, et de mieux comprendre ce dialogue de l'Histoire et des Sciences sociales...» (Braudel, 1960: 83). La traducción del pasaje al español es de Ricardo Arias.

⁷ El ya citado artículo de Jean Boutier (2005) matiza los argumentos haciendo evidente que Braudel no rechazaba simplemente la dimensión de los eventos. Braudel «propone, quizá sin quererlo, una cierta manera de describir los acontecimientos» (Boutier, 2005: 246). De hecho, nos recuerda Maurice Aymard, fue Pierre Chaunu quien definió el concepto de estructura como «tout ce qui dans une société, dans une économie, est doué d'une durée suffisante pour que son mouvement échappe à l'observation ordinaire» (Burguière, 1986:644-6).

En el famoso prefacio de su magistral *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949), Braudel declara que el tiempo del historiador no es el de las pequeñeces de los seres humanos, sino propiamente el registro donde parece no ocurrir nada, la historia profunda y muda. La geografía, la economía, las matemáticas y la demografía se convierten en las ciencias auxiliares que apuntalan esas lógicas silenciosas pero certeras sobre los grandes escenarios. De ese modo la larga duración se constituye simultáneamente en el punto privilegiado de observación del fenómeno social y el lugar desde donde se puede elaborar un diálogo con otras ciencias sociales. Los acontecimientos y la política quedan relegadas a la vieja historia de batallas, héroes y tratados, y de la misma manera el modo narrativo es remplazado por el lenguaje analítico, representación supuestamente más científica del fenómeno social. «Para el historiador, aceptar la larga duración es consentir un cambio de estilo, de actitud, a una conversión del pensamiento, una nueva concepción de lo social. Es familiarizarse con los tiempos lentos, talvez casi al límite del movimiento» (Braudel, 1969: 54).⁸

Esta mirada macro ha sido importante para comprender el funcionamiento social. Es precisamente esa atención a las lógicas estructurantes la que permite señalar que la violencia no se agota en actos directos, brutales y aislados llevados a cabo por diversos agentes sociales. Las sociedades también sufren de otro tipo de violencia, endémica, independiente de las conductas individuales, prácticamente invisible, y cuyos efectos son sistémicos y se sienten más dramáticamente en la vida diaria y los cuerpos de aquellos que están en condiciones de mayor vulnerabilidad en la sociedad.⁹ La bibliografía existente describe las estructuras económicas, institucionales y sociales, locales y globales, de la violencia, las características más notorias de sus agentes, y los modos en que esas estructuras operan a lo largo de la historia.¹⁰ Los trabajos existentes igualmente indican que esa violencia se mantiene vigente debido a lo múltiples mecanismos de reproducción y control social y produce mucho más sufrimiento (malnutrición, enfermedades crónicas, desesperanza generalizada, etc.) y muertes que aquella violencia, más visible y susceptible de captar nuestra atención, producida por individuos. Es una «violencia estructural» pues sus orígenes y causas son sociales y opera de tal manera que contribuye de manera decisiva a

⁸ Mi traducción de «Pour l'historien, l'accepter c'est se prêter à un changement de style, d'attitude, à un renversement de pensée, à une nouvelle conception du social. C'est se familiariser avec un temps ralenti, parfois presque à la limite du mouvant». Este texto apareció en *AESC* (1958): 725-753. En la misma página de ese artículo, Braudel escribe «En tout cas, c'est par rapport à ces nappes d'histoire lente que la totalité de l'histoire peut se repenser, comme à partir d'une infrastructure. Tous les étages, tous les milliers d'étages, tous les milliers d'éclatements du temps de l'histoire se comprennent à partir de cette profondeur, de cette semi-immobilité; tout gravite autour d'elle».

⁹ Ver Bourdieu, 1993; Gilligan, 1997; Tilly, 2003 y el reciente libro de Farmer, 2004b.

¹⁰ La bibliografía colombiana es extensa al respecto, pero ver Guzmán Campos *et al.* (1962); Oquist (1978); Sánchez y Meertens (1983); Pécaut (1987).

la reproducción de la misma sociedad y «ejercida de manera sistemática –es decir, indirecta por todos aquellos que pertenecen a un cierto orden social» (Farmer, 2004a: 307).¹¹ Paul Farmer (2004b: 40) señala que el término es «apto por que ese sufrimiento es “estructurado” por procesos históricamente dados (y económicamente motivados) y fuerzas que conspiran –a través de la rutina, del ritual o, como ocurre más frecuentemente, las dificultades cotidianas, para coartar la capacidad de la agencia».¹² Es interesante señalar que la propuesta de Farmer tiene sus orígenes en el análisis de sistemas históricos de Immanuel Wallerstein, quien a su vez se inspira en la geohistoria de Ferdinand Braudel, para proponer la noción de sistemas mundos históricamente configurados desde el siglo XVII.

Sin embargo, esa mirada estructuralista que da cuenta, en buena medida, de las causas de la violencia social resulta, a su vez, insuficiente cuando queremos explorar y dar cuenta del sufrimiento social, es decir, de la experiencia de los sufrientes. La historia de las violencias reclama simultáneamente una mirada –que llamaré en este caso etnográfica-- que le ponga atención a lo que de manera indiferenciada se percibió como las «víctimas», a los modos en que éstos padecen, perciben, persisten y resisten esas violencias, recuerdan sus pérdidas y les hacen duelo, pero también la absorben, la sobrellevan y la articulan a su cotidianidad, la usan para su beneficio, la evaden o coexisten simplemente con ella. Una mirada que explore lo que significa para los actores los tres procesos que Daniel Pécaut (1999) identifica como ingredientes de la violencia contemporánea en Colombia: la desterritorialización, desobjetivación y la destemporalización.

No es extraño, por lo tanto, que a partir de los años setenta se intensificaran nuevas búsquedas metodológicas que se preguntan por el efecto, sentido y percepción, colectiva e individual, de las violencias. Esta mirada cobra relevancia, intelectual y políticamente, una vez que permite entender los modos en que estas violencias configuran la subjetividad y a la vez son configuradas –y susceptibles de ser transformadas– por las acciones particulares y de las comunidades. Se hace necesario, por lo tanto, examinar el fenómeno de la violencia desde la perspectiva, el lenguaje y las prácticas de los sufrientes, los modos en que estos padecen la violencia, negocian y obtienen reductos de dignidad (a veces de manera poco evidente), resisten y reconstruyen sus relaciones cotidianas, y sobrellevan la huella de la violencia de una manera que no siempre aparece perceptible para quien proviene de fuera.

¹¹ Mi traducción de “Structural violence is violence exerted systematically—that is, in-directly—by everyone who belongs to a certain social order”.

¹² Mi traducción de “The term is apt because such suffering is ‘structured’ by historically given (and often economically driven) processes and forces that conspire –whether through routine, ritual, or, as is more commonly the case, the hard surfaces of life –to constrain agency”.

En lo que sigue quiero señalar cómo aquellos tres elementos que habían sido descalificados por la historiografía tradicional --la narrativa, el acontecimiento y lo político— regresan a partir de ese momento como puntos de articulación para nuevas propuestas historiográficas y de las ciencias sociales.¹³ Estas propuestas encuentran en las discusiones en torno a las experiencias traumáticas colectivas una continuación y decidido enriquecimiento teórico que explica la importancia y pertinencia que ahora disfrutan.

III. El retorno del acontecimiento

Empecemos por lo que Pierre Nora (1974)¹⁴ llamó en 1972 el retorno del acontecimiento. Ya para 1978 Jacques Revel anotaba en *La Nouvelle Histoire* que «aun más fundamental, el acontecimiento ha cambiado de sentido y de función...» (p. 166) y será necesario incluirlo metodológicamente para entender el funcionamiento social.¹⁵ La insatisfacción con la radical des-eventualización de la historia se hizo evidente en la misma tradición intelectual que había construido «el carácter científico [de la historia] contra del evento» (Bensa y Fassin, 2002). Por esa misma época, Emmanuel Le Roy Ladurie --junto con Nora y Revel miembros de *Annales*-- señala dos grandes dificultades que encaraban la historia y las ciencias sociales: comprender el proceso de transición entre dos estructuras y comprender las mediaciones que ocurren entre las estructuras sociales y la cotidianidad (Ladurie, 1973). Ningún de los dos problemas tiene respuestas fáciles. El primero se puede formular de la siguiente manera: ¿cómo ocurre el proceso de transición entre dos estructuras y de suplantación de una estructura por otra? Mientras que el segundo problema admite la siguiente formulación: ¿cuáles son los modos concretos en que ocurre la mediación entre las largas duraciones y las duraciones menores, las grandes estructuras y las cotidianidades, las lógicas sistémicas y las prácticas sociales?

Lo que resultaba evidente para estos autores es que ninguna explicación social resulta satisfactoria a menos que tome en cuenta la dimensión experiencial y de sentido de sus participantes.

¹³ Es precisamente el momento en que surgen la micro-historia, el neo-historicismo (*New Historicism*) y la *Alltagsgeschichte* o historia de la vida cotidiana. Todas estas corrientes tienen en común una revaloración narrativa, una urgencia por explorar dinámicas sociales en la escala de micro-escenarios y la exploración de los recursos y capacidades de agencia de los varios sujetos sociales, es decir, la dimensión política de la acción social. Para una discusión de cada una de estas aproximaciones, ver Revel, 1996; Veesser, 1994 y Lüdtke, 1995.

¹⁴ El ensayo, «Le Retour de l'événement», fue publicado un par de años antes en la revista *Communications* 18.

¹⁵ Mi traducción de «Mais plus fondamentalement, l'événement a changé de sens et de fonction...». Para una discusión más puntual, ver Pomian, 1984, en particular los primeros dos capítulos, «Événements» (pp. 7-36) y «Répétitions» (pp. 37-99); Moretti, 1985; los artículos de Dumoulin «Conjoncture» y «Événementielle (histoire)» en el *Dictionnaire des sciences historiques* (Burguière, 1986:271-2). Jean-Luc Petit (1991) editó unas memorias tituladas *L'événement en perspective* y, mucho más recientemente, Alba Bensa y Eric Fassin (2002) prepararon un dossier para la revista *Terrain* 38 titulado *Qu'est ce qu'un événement?* Ver en particular su ensayo introductorio, «Les sciences sociales face à l'événement».

Aunque Michel Foucault no resuelve los problemas, éste autor sí replantea los términos en los cuales se da el debate. Al comienzo de la *Arqueología del saber* (1969) Foucault señala que la aparición del estructuralismo y la larga duración descentró la vieja historia y las ciencias sociales, instauró una distancia crítica ante la espectacularidad social, la minucia de los hechos notables y la seducción del poder reinante. Sin embargo y a pesar de toda su efectividad, esa larga duración es susceptible de re-introducir una continuidad que refunda el mito de los orígenes y de los sentidos últimos. Precisamente uno de los modos en que la larga duración es susceptible de incurrir en esa nueva metafísica es a través de las teorías de cambio que postulan que son las mismas condiciones internas de una sociedad las que dan paso al siguiente estadio social. Para Foucault, en cambio, las determinaciones que propician las mutaciones son exteriores a los sistemas sociales; no el resultado de una ley interna ni de una programación intrínseca. Este cuestionamiento de la primacía de las grandes lógicas sociales significa necesariamente que el impacto de las estructuras sociales en la cotidianidad esté mediado por la indeterminación.

Para enfrentar esa nueva metafísica de la trascendencia, Foucault (1982: 227) privilegia las rupturas epistemológicas que establecen discontinuidades y ponen en escena lo aleatorio. La atención al nivel de los acontecimientos constituye una de esas posibles estrategias:

[...] intento trabajar [dice Foucault] en el sentido de una «eventualización». Aunque el acontecimiento haya sido durante un tiempo una categoría poco apreciada por los historiadores, me pregunto si, entendida de cierta forma, la eventualización no es un procedimiento de análisis útil (Perrot, 1980: 43-44).¹⁶

De ese modo, el acontecimiento no corresponde a un suceso dado, hechos objetivos previos a toda narrativa social, no se refiere –como en la vieja historia clásica-- a un momento originario – una guerra, héroe, un rey.

Según Foucault, el acontecimiento es un poliedro de inteligibilidad que «[...] establece convergencia de conexiones, encuentros, apoyos, bloqueos, juegos de fuerza, las estrategias, etc., que en un momento dado han formado aquello que va a funcionar como evidencia, universalidad, necesidad» (Perrot, 1980: 44).¹⁷ Restaurar el acontecimiento como categoría de análisis social significa reconocer que lo que «se encuentra

¹⁶ Mi traducción de «J'essaie de travailler dans le sens d'une 'événementialisation'. Si l'événement a été pendant un temps une catégorie peu prisée des historiens, je me demande si, comprise de une certain façon, l'événementialisation n'est pas une procédure d'analyse utile». Para una elaboración sobre las implicaciones metodológica de la eventualización en Foucault, ver Restrepo (2008).

¹⁷ Mi traducción de «[...] l'événementialisation consiste à retrouver les connexions, les rencontres, les appuis, les blocages, les jeux de force, les stratégies, etc., qui ont, à un moment donné, formé ce qui ensuite va fonctionner comme évidence, universalité, nécessité».

al comienzo histórico de las cosas, no es la identidad aún preservada de su origen –es la discordancia de las otras cosas, es el disparate» (Foucault, 1988: 19).¹⁸ Se trata de hacer surgir una singularidad que rompa las continuidades de nuestros saberes naturalizados, la racionalidad de nuestros regímenes de verdad. Paul Veyne (1971: 15), historiador y colaborador cercano de Foucault, lo dice más claramente: «un acontecimiento se desprende del fondo de la uniformidad; es una diferencia, algo que no podemos conocer *a priori*».¹⁹

Pero el acontecimiento no significa simplemente una unidad temporal opuesta a la larga duración. Nos remite también a una micro-localidad, a una configuración social concreta que permite un descenso a la cotidianidad entendida ésta como la unidad espacio-temporal donde nuestras relaciones sociales logran concreción y por lo tanto se llenan de experiencia y sentido social. El filósofo Gilles Deleuze escribe

Yo diría que un acontecimiento es una conjunción de series convergentes que tienden cada una hacia un límite, y entonces cada una caracteriza una vibración, es decir una serie infinita que entra en relaciones de todo y de partes; y si voy más lejos añado: bajo la influencia de algo que actúa como una criba, respecto de una diversidad disyuntiva inicial (Deleuze, 1987: 4).²⁰

Notemos que el planteamiento deleuziano desarrolla de manera más explícita lo que ya se encontraba en la fórmula de Foucault. Acá desaparece la diferencia entre sucesos e individuos, realidad y sujetos, estructura y cotidianidad. Más que un conjunto de hechos y protagonistas pre-existentes, el acontecimiento es un tipo de trabajo, un modelo dinámico para producir lo social, un devenir que permite trazar las configuraciones rizomáticas que constituyen la cotidianidad: «el acontecimiento [...] es como la gota de realidad, [...] el dato último de lo real» (Deleuze, 1987: 2). El acontecimiento, escriben Alban Bensa y Eric Fassin (2002), «se manifiesta –lo que implica también que es manifestado, es decir que resulta de una producción, incluso una escenificación, lo que quiere decir que no hay fuera de esa construcción».²¹

El acontecimiento parecería ser acá una simple función del historiador. Ciertamente, como escribe Paul Veyne (1971: 31), «los no eventos son aquellos que no reconocemos como tales [...] Por lo tanto, llamaremos

¹⁸ Esa eventualización, admitidamente arbitraria, le sirve a Foucault de punto de partida para el análisis del sistema penitenciario moderno en *Vigilar y castigar* (1975).

¹⁹ Mi traducción de «Un événement se détache sur fond d'uniformité; c'est une différence, une chose que nous ne pouvions connaître *a priori*».

²⁰ Ver también Deleuze, 1990. Alain Badiou, filósofo francés que ha construido sobre la propuesta de Deleuze, diferencia acontecimiento y situación. El acontecimiento es el momento de exceso, la irrupción totalmente imprevisible de lo extraordinario, que constituye sujetos y demanda fidelidad (Badiou, 2005).

²¹ Mi traducción de «il se manifeste – ce qui implique aussi qu'il est manifesté, c'est-à-dire qu'il résulte d'une production, voire d'une mise en scène: il n'existe pas en dehors de sa construction».

no evento la historicidad de la cual no tenemos consciencia». ²² Y más adelante señala que «Una vez que todo evento es tan histórico como cualquier otro, se puede recortar el campo de los hechos con total libertad» (Veyne, 1971: 83). ²³ Sin embargo, no todo incidente es un acontecimiento ni toda experiencia social tiene la misma intensidad. O, mejor dicho, hay ciertas experiencias históricas que reclaman más atención que otras. Ladurie (1973) había ya señalado que había algunos acontecimientos –matrices o traumáticos— que tenían la capacidad de generar dinámicas nuevas, una idea que el historiador y sociólogo William Sewell (2005: 227) va a retomar en un importante libro reciente: «... los acontecimientos deben ser concebidos como secuencias de ocurrencias que resultan en la transformación de estructuras». ²⁴ La característica definitoria del acontecimiento es una suerte de existencia virtual, la capacidad de existir –como referente, como ordenador de memorias y experiencias, como capital simbólico, etc.-- más allá de sus coordenadas espacio-temporales. Esto es lo que lo diferencia de simples eventualidades.

En buena parte de la teoría social contemporánea el acontecimiento se entiende como un momento de ruptura y transformación en las coordenadas tiempo–espacio en que los significados y las convenciones sociales devienen inciertas. Los acontecimientos, por lo tanto, transforman relaciones sociales de maneras que no podrían ser anticipadas a partir de los nexos causales y los cambios graduales que llevaron a ellos. En términos generales esto significa que el presente se llena de experiencias fragmentadas y las dimensiones políticas adquieren cierta pre-eminencia, un reforzamiento del sentido, como dice François Furet. Más adelante examinaré brevemente ese aspecto con mayor atención.

El campo de convergencia que he dado en llamar estudios sobre o en torno al trauma social toma la noción de evento-ruptura como punto de partida. En buena medida esto se debe a que el Holocausto y la Solución final fueron propuestos como eventos paradigmáticos del siglo XX, no sólo como ruptura histórica sino como la culminación lógica y horrenda de la modernidad, como aquello que reveló la catastrófica distopía bajo el manto del sueño de la razón. ²⁵ En parte, igualmente tiene que ver con la herencia freudiana que desde *Más allá del principio del placer* inscribió la dinámica de ruptura en el origen de la experiencia

²² - Mi traducción de «le non-événementiel, ce sont des événements non encore salués comme tels: histoire des terroirs, des mentalités, de la folie ou de la recherche de la sécurité à travers les âges. On appellera donc non-événementiel l'historicité dont nous n'avons pas conscience comme telle».

²³ Mi traducción de «Puisque tout événement est aussi historique qu'un autre, on peut découper le champ événementiel en toute liberté».

²⁴ - Mi traducción de «events should be conceived of as sequences of occurrences that result in transformation of structures».

²⁵ El libro clásico al respecto es *Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos* (Horkheimer y Adorno, 1994). Ver, también, Bauman (2000) que tiene un posfacio titulado “The Duty to Remember --but What?” en el que desarrolla de manera sucinta las múltiples conexiones entre la modernidad y el Holocausto.

traumática. Sin embargo, en ningún caso el concepto de trauma nos remite simplemente a una secuencia de hechos, a un *aconecer* o simple *happening*; el concepto de trauma sólo cobra sentido en el momento que un espacio social concreto, generalmente una comunidad, y los juegos de lenguaje que la definen como una forma de vida, experimentan una desestructuración devastadora. En otras palabras, el acontecimiento no es sólo lo que provoca la ruptura; es igualmente lo que regresa, el regreso, el asedio, el modo en que vive en el presente, el modo en que «el acontecimiento se convierte en una condición» (Erikson, 1995: 185).

El carácter fluido e inestable de los acontecimientos adquiere dimensiones particulares en el caso de aquellas experiencias colectivas que Kai Erikson precisamente identificó como traumáticas. Estos acontecimientos presentan dinámicas que rebasan los criterios de previsión de la comunidad e incluso interrogan no sólo la viabilidad de la comunidad sino la vida misma: los acontecimientos surgen indudablemente del día al día, «pero el mundo tal y como era conocido en el día a día es arrasado» (Das, 2007: 134). Así pues, un acontecimiento traumático no se define tanto por el final del consenso social ni por la destrucción de la comunidad, sino por la desaparición de criterios. En palabras del filósofo Stanley Cavell (1988: 41-42) las disputas que ocurren al interior de estas *formas de vida* durante un acontecimiento no sólo ocurren en función de la *forma* sino también en función de lo que constituye *vida*.

Este tipo de acontecimientos, escribe Hayden White (2000: 69), logran un grado de intensidad que

[...] simplemente no pueden ser olvidados ni desechados ni, por el contrario, recordados adecuadamente, lo que quiere decir que su significado no logra ser identificado claramente y sin ambigüedades, y contextualizado en la memoria grupal de tal modo que no afecte las capacidades del grupo para enfrentar el presente y mirar hacia el futuro, libre de sus efectos debilitadores.²⁶

Como queda claro en esta cita la dificultad en procesar el significado de los eventos no conduce al olvido. Al contrario, la memoria afectiva de la experiencia es tan intensa que asedia a los sobrevivientes y estructura, incluso de manera silenciosa y frecuentemente imperceptible, el presente colectivo y moldea los horizontes de expectativa. Según la antropóloga Veena Das (2007: 134),

No es sólo el pasado el que tiene un carácter indeterminado. El presente también se convierte en el lugar en el cual los elementos del pasado que fueron rechazados –en el sentido que no fueron

²⁶ Mi traducción de “they cannot simply be forgotten and put out of mind or, conversely, adequately remembered, which is to say, clearly and unambiguously identified as to their meaning and contextualized in the group memory in such a way as to reduce the shadow they cast over the group’s capacities to go into its present and envision a future free of their debilitating effects”.

integrados en una comprensión estable del pasado—pueden repentinamente asediar el mundo con la misma insistencia y obstinación con que lo real agujerea lo simbólico.²⁷

La definición lacaniana de trauma -- lo real que irrumpe y perfora lo simbólico—nos remite a una noción de acontecimiento muy particular en el que la memoria histórica no es integrada en la cotidianidad colectiva, «no tiene final , no logró cerrarse, y por lo tanto, para las víctimas, continúa hasta el presente y es actual en todos los sentidos» (Shoshana y Laub, 1992).

En efecto, la experiencia traumática inaugura una temporalidad particular en la que el pasado coexiste e incluso agobia efectivamente el presente de tal manera que su inscripción en el registro de la memoria y la historia es a la vez solicitado y frustrado: el trauma «no [se] deja olvidar por nosotros. El trauma reaparece en ellos, en efecto, y muchas veces a cara descubierta» (Lacan, 1987: 64).²⁸ Reaparece, sí, pero el acontecimiento no se ubica en un pasado original y ya vivido, sino que emerge nuevamente en cada recuerdo, determinado por las condiciones del presente e incorporado a la estructura temporal de las relaciones actuales.

La narrativa

Paul Ricoeur se convirtió en una de las voces más críticas de la propuesta de los *Annales*, particularmente en todo lo que tenía ver con el papel de la narrativa. Como ya lo señalé, para Braudel los acontecimientos estaban ineludiblemente asociados a la narración lo que significaba que una atención a las estructuras de larga duración necesariamente demandaba una modalidad descriptiva no narrativa, supuestamente de mayor valía científica. Para Ricoeur la pretendida ruptura --con el acontecimiento y la narración-- propuesta por la escuela de *Annales* resulta más una falacia que se esconde tras el juego astuto de metáforas --por ejemplo, la sustitución de la figura del Rey por la del mar-- que la llegada a un lugar de plenitud científica. En una brillante lectura de *La Méditerranée au temps de Philippe II*, Ricoeur (1995: 181) argumenta que las clasificaciones abstractas de la historia, los «grupos, categorías y clases sociales, ciudades y campiñas [...] se convierten en los héroes colectivos de la historia».²⁹ A su vez, las transformaciones sociales configuran una trama

²⁷ Mi traducción de: "It is not only the past --that may have an indeterminate character. The present too may suddenly become the site in which the elements of the past that were rejected in the sense that they were not integrated into a stable understanding of the past, can suddenly press upon the world with the same insistence and obstinacy with which the real creates holes in the symbolic". Varios de los ensayos de Das (2007) hacen parte de la selección titulada *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (Ortega Martínez, 2008b).

²⁸ He desarrollado este punto en Ortega Martínez, 2004.

²⁹ Ricoeur leyó partes de este análisis en la prestigiosa *Cátedra Zaharoff* en Oxofrd en 1978-79 y la tituló *The Contribution of French Historiography to the Theory of History*. La cátedra fue publicada en 1980 con ese mismo título por Clarendon Press. Ver el capítulo de Ricoeur, «Événement et sens» en Petit, 1991.

con tensiones –las migraciones, los ciclos económicos, etc.– y resolución –el comienzo del capitalismo mercantilista. Ricoeur (1995: 283) concluye, «La larga duración es tan episódica como la corta, si la trama es la única medida del acontecimiento».

Para Ricoeur la historia –y buena parte de las ciencias sociales– no puede prescindir de la narración por que el tiempo humano es siempre experiencia en movimiento. Las propiedades de la narratividad hacen que ésta sea la modalidad discursiva más apropiada para expresar el carácter temporal de estar-en-el mundo, la experiencia humana: «... el tiempo se hace tiempo humano en la medida en que se articula en un modo narrativo, y la narración alcanza su plena significación cuando se convierte en una condición de la existencia temporal» (Ricoeur, 1995: 113). Las narrativas no son solo instrumentos para comunicarles a otros lo que deseamos; ante todo, son el modo como le insuflamos orden temporal y lógico a los eventos, conectamos el pasado con el presente y generamos expectativas sobre el futuro, transformamos devenir en experiencia y sentido y construimos nuestra identidad (Ochs y Capps, 2001).

Las implicaciones del argumento de Ricoeur para grupos sociales o colectivos que presenta dinámicas traumáticas son profundas y señalan no sólo que la narrativa transforma la experiencia en significado social sino que cualquier forma de conocimiento sobre las experiencias colectivas límite deben comenzar por reconocer el lugar central de la narrativa, tanto en la forma de memorias, testimonios y otras elaboraciones sociales como en el mismo papel que juegan, jugamos, los investigadores sociales.

En los últimos párrafos de la sección anterior se hizo evidente el grado en que el acontecimiento se construye a partir de narrativas sociales, tanto aquellas que vienen en forma de memorias disgregadas como las que son elaboradas y administradas institucionalmente o por diversos agentes hegemónicos. De hecho el carácter abierto, inestable, polisémico del acontecimiento, significa que éste vive en versiones distintas en la memoria social de los diferentes grupos sociales. En algunos casos incluso no se convierte en acontecimiento hasta después de que se ha convertido en el sitio de múltiples y polémicas narrativizaciones.

El sociólogo Jeffrey Alexander señala que los traumas culturales son atribuciones socialmente mediadas por narrativas sociales y códigos simbólicos de tal modo que la comunidad traumatizada genera «una nueva narrativa maestra de sufrimiento social» (Alexander, 2003: 97).³⁰ Esta narrativa tiene cuatro elementos –naturaleza del dolor, de las víctimas, la relación de las víctimas con la audiencia y la atribución de responsabilidad. De ese modo, el trauma comienza con la

³⁰ Ver los ensayos “On the Social Construction of Moral Universals: The ‘Holocaust’ from War Crime to Trauma Drama” y “Cultural Trauma and Collective Identity” en Alexander, 2003:27-84; 85-108) p. 97. El segundo ensayo se publicará en el libro *Historia, trauma, cultura* (Ortega Martínez, 2008a). Agradezco a mi amigo y colega Carlo Tognato sus correcciones en este aspecto.

... pretensión de haber sufrido algún daño primordial, la expresión manifiesta de la profanación sobrecogedora de algún valor sagrado, una narrativa acerca de un proceso social terriblemente destructivo y una demanda de reparación y reconstitución emocional, institucional y simbólica (Alexander, 2003: 93).³¹

De ese modo el trauma social se configura a partir de las acciones que unos grupos transmisores toman con el objetivo de remplazar cierta narrativa del trauma –como trauma de grupos particulares– por otra gran narrativa que lo re-describe como trauma colectivo. Dichas acciones implican un proceso de estratificación, siempre en relación a la percepción de sí –la identidad colectiva– y se cumplen en diferentes esferas institucionales –religiosa, estética, científica, legal, medios de comunicación masiva y político burocrática.

En su seminal trabajo de 1976, Kai Erikson identificó el desconcierto, la angustia generalizada, el miedo y la depresión como emociones generalizadas después de una devastación y que crean un clima colectivo. No es extraño, entonces, advertir ese florecimiento del testimonio (que en este caso quiere decir relato de los hechos producidos por las víctimas desde una perspectiva experiencial), expresión de un deseo general por ordenar la experiencia, asignarle coherencia, hacerla producir significado, insertarla en una economía moral. Fundamentalmente la narrativa es un intento por «aliviar» el agobio, compartir la experiencia y hacerla más llevadera, repararse, re-membrarse. En efecto, «[...] la narrativa es [...] la forma expresiva primaria para la mediación de la crisis una vez que a través de ella accedemos al estrés corporeizado» (Becker, 1998: 14).³² Es por eso que recibir y dar testimonio se refiere a aquella persona que no sólo saben con el intelecto sino con las emociones. El testimonio, en estos casos, un ejercicio reparativo además de un acto comunicativo.

Por otra parte, la vocación por la coherencia y continuidad entre pasado y presente de la narrativa contrasta decididamente con la naturaleza abrupta, caótica, impredecible del acontecimiento. Una vez más, las implicaciones de este contraste son múltiples (notemos, por ejemplo, que esa vocación por la coherencia de la narrativa permite simultáneamente el acto reparativo tipificado por el testimonio y la apropiación y administración de las violencias por grupos de poder que insertan el sufrimiento social en teodiceas). Sin embargo, al final de este ensayo retomaré la afirmación de Ricoeur del carácter narrativo de la historia –y buena parte de las ciencias sociales, añadiría yo– y examinaré las implicaciones de esa afirmación para la investigación y generación de conocimiento en contextos de devastación y sufrimiento social.

³¹ Ver, también, Alexander (2004).

³² Mi traducción de “[...] narrative is the primary expressive form for the mediation of disruption [because through it] we gain access to embodied distress”. Ver, también, Frank, 1995.

El carácter narrativo de la historia abre enormes posibilidades para darle un lugar central a las voces de las víctimas y de ese modo explorar la verdad que vive en las víctimas, lo cual resulta ser el único modo que tenemos de renunciar tanto a la violencia como a la no-verdad, «en un único gesto de afirmación» (Das, 1995: 23).³³ Sin embargo, esta aparente fortaleza es igualmente el punto de conflicto, pues las experiencias traumáticas precisamente se caracterizan por ejercer resistencia a las categorías y convenciones existentes para asignarle significado a los eventos. Hayden White (2000: 71) escribe

Aun más, estos eventos no se prestan para explicación en términos de las categorías de la historiografía humanista tradicional, que presenta la actividad de agentes humanos como completamente concientes y moralmente responsables por sus acciones y capaces de discriminar con toda claridad entre las causas de los eventos históricos y sus efectos en el largo y corto plazo de acuerdo al sentido común.³⁴

Cathy Caruth va aun más allá que White. Para Caruth lo que caracteriza las experiencias traumáticas es la imposibilidad conocerlo en el momento. «El trauma no se puede ubicar en el evento violento u original del pasado [...], sino en el modo en que su naturaleza inasimilable –el modo precisamente en que no es conocido en la primera instancia –regresa más tarde para asediar al sobreviviente» (Caruth, 1996: 4; 153-154).³⁵ Lo que regresa no es simplemente una memoria reprimida, sino el acontecimiento que está constituido en parte por la imposibilidad de integrarlo a la conciencia.

Esa resistencia no tiene que llevarnos necesariamente a la parálisis. Buena parte de los estudios sobre el trauma social señalan que en situaciones de sufrimiento social una de las funciones fundamentales de las ciencias sociales y humanas –aunque no la única-- es la de producir conocimiento. Significa eso sí que las ciencias sociales tienen que desarrollar una forma de escucha apropiada para dar cuenta de ese evento que no es conocido en primera instancia, es decir una forma de escuchar la eventualidad diferida.

³³ Respecto al carácter narrativo de las ciencias sociales, ver Berger y Quinney, ed. (2005).

³⁴ Mi traducción de “Moreover, these kinds of events do not lend themselves to explanation in terms of the categories underwritten by traditional humanistic historiography, which features the activity of human agents conceived to be in some way fully conscious and morally responsible for their actions and capable of discriminating clearly between the causes of historical events and their effects over the long as well the short run in relatively commonsensical way”.

³⁵ Mi traducción de: “Trauma is not locatable in the simple violent or original event in ... [the] past, but rather in the way that its very unassimilated nature--the way it was precisely *not known* in the first instance --returns to haunt the survivor later on”.

La política y lo político

La atención a los acontecimientos puso en evidencia el carácter protagónico de las localidades y, en particular, la necesidad de poner atención a sus registros políticos para entender tanto sus efectos desestructurantes como los diversos modos en que los sujetos sociales padecen o se benefician de la violencia, negocian y obtienen reductos de dignidad (a veces de manera poco evidente), resisten y reconstruyen sus relaciones cotidianas, e ignoran o sobrellevan la huella de la violencia.

Como ya señalé, la Escuela de los *Annales* había relegado la política a la vieja historia de hechos y personajes notables, reproductora en últimas del poder. La política es un epifenómeno subordinado a las estructuras económicas y sociales. En cambio proponía la historia profunda, la aprehensión de lógicas sociales estructurales y estructurantes de las cuales los sujetos sociales eran necesariamente efectos. Sin embargo, durante la década de los sesenta Raymond Aron, Cornelius Castoriadis y Claude Lefort, entre otros, reclamaban una historia que respetara la autonomía de la política y para 1971 ya Jacques Le Goff anunciaba el regreso de una nueva historia política, renovada, más comprensiva e integral (Aron, 1961).³⁶

En particular la antropología contribuyó de manera decisiva a estimular una reflexión permanente sobre la riqueza, amplitud y pertinencia del registro político. En 1973 Clifford Geertz escribía en *La interpretación de las culturas* que la cultura está constituida por «las estructuras de significados en virtud de los cuales los hombres dan forma a su experiencia; y la política [...] es uno de los principales escenarios en que se desenvuelven públicamente dichas estructuras» (Geertz, 1973: 265).³⁷ De ese modo se abría una mirada que no desdeñaba la esfera política ni se agotaba en el estudio de las instituciones y actores políticos. En efecto, los nuevos acercamientos descentran la política y conciben lo político como una forma específica de relación y comunicación que tiene como eje fundamental el problema del poder y su relación con sus sujetos y la totalidad social.

La tradición antropológica enriqueció la reflexión historiográfica y le permitió a François Furet llevar a cabo su análisis de la Revolución Francesa (1978), sus legados y su historiografía. Su punto de partida es la noción de acontecimiento que caracteriza por su naturaleza política. El acontecimiento, escribe Furet, presenta «una dinámica

³⁶ En ese artículo pionero, Aron (1961:125) escribe «La politique n'est jamais réductible à l'économie bien que la lutte pour la possession du pouvoir souverain soit, de multiples manières, liée au mode de production ou à la répartition de la richesse». Hay que hacer la salvedad que Quentin Skinner y la llamada Escuela de Cambridge estaban empeñados en rescatar el registro de la historia de las ideas políticas. Sin embargo, la noción más amplia de cultura política adquiere preeminencia con el llamado giro antropológico de principios de los años setenta. Ver, Le Goff, 1999.

³⁷ Ver, también, la discusión sobre la cultura política en Baker, 1982.

que podría llamarse política, ideológica o cultural, para decir que su múltiple poder de movilización de los hombres y de acción sobre las cosas pasa por un reforzamiento del sentido» (Furet, 1980: 36).³⁸ Los acontecimientos son experiencias que desestabilizan categorías socialmente establecidas y generan contextos fluidos en los que el reforzamiento del sentido juega un papel fundamental en la lógica de cambio, es decir en los mecanismos que gobiernan la sucesión de un evento por otro. Las grandes explicaciones estructuralistas (sean economicistas o de cualquier otro orden) simplifican el acontecimiento al imponerle categorías prefabricadas –burguesía, revolución burguesa o proletaria, oligarquía, nacionalismo— y producen una «metafísica de la esencia y de la fatalidad» (Furet, 1980: 33).

Aunque Furet no define claramente la naturaleza de lo político, debe resultar claro que significa algo más que el debate de ideas o los enfrentamientos entre partidos políticos y el Estado. Será Pierre Rosanvallon quien establece una diferencia importante entre la política y lo político. Para Rosanvallon el análisis de la política se ocupa del funcionamiento de los partidos y las instituciones, escruta los procesos y mecanismos de toma de decisiones e interpreta el resultado de sondeos, referendos, consultas y elecciones. El objetivo principal de la política es entender las razones por la cual los diversos actores de la política –los políticos— actuaron de una u otra manera e identificar la racionalidad subyacente.

Lo político, en cambio, corresponde a la dimensión estructurante de las relaciones sociales, solidarias, adversarias y agónicas, y su articulación simbólica y concreta con el poder. Es por lo tanto un campo y un trabajo. Un campo en tanto lo político es un «lugar donde se entrelazan los múltiples hilos de la vida de hombres y mujeres, aquello que brinda un marco tanto a sus discursos como a sus acciones»; y un trabajo en tanto es igualmente un proceso por el cual un agrupamiento humano negocia, siempre conflictivamente, los rasgos de una comunidad, estableciendo las reglas implícita y explícitas que norman la polis (Rosanvallon, 2003: 15).³⁹ Si la historia de larga duración busca comprender las estructuras sociales que, presumiblemente, organizan de manera eficaz las relaciones sociales, la nueva historia política procurará «comprender desde el interior las certidumbres, los tanteos, las cegueras que gobiernan la acción y la imaginación de los hombres» (Rosanvallon, 1999: 17). Su campo de acción abarca el universo de prácticas y representaciones sociales.

³⁸ Más adelante Furet (1980: 37) escribe que «[...] estos acontecimientos que son de naturaleza política e ideológica desacreditan por definición un análisis causal establecido en términos de contradicciones económicas y sociales [...]». Esta línea de análisis ha sido desarrollada recientemente por Bensa y Fassin (2002).

³⁹ Ver, también, Mouffe, 2007.

Pensando en contextos de devastación masiva la antropóloga Veena Das toma el término acontecimientos críticos (*critical events*) para referirse, desde la antropología de la cotidianidad, a la textura emocional que producen ciertos eventos traumáticos. Das (1995: 5-6) retoma la noción de acontecimiento de Furet para designar aquellas experiencias sociales que «instituyen una nueva modalidad de acción histórica que no estaba inscrita en el inventario de esa situación».⁴⁰ Sin embargo, recordemos que el acontecimiento traumático se define precisamente por la desaparición de criterios, de los juegos compartidos que constituyen la forma vida y, por lo tanto, representa el fin de la vida política.

Por lo tanto, ¿qué significa pensar lo político en circunstancias de desestructuración, devastación, violencia social y sufrimiento masivo? Digamos, brevemente, que en tanto campo consiste en identificar aquellos discursos –nacionalistas, religiosos, raciales, etc.– y prácticas que, en el caso de contextos altamente polarizados, conducen a la negación de la humanidad de la víctima. En tanto trabajo, una mirada desde lo político permite examinar los resortes mnemónicos, simbólicos, emocionales y argumentativos por medio de los cuales se movilizan recursos comunales e institucionales para agredir, defenderse, protegerse, acallarse y olvidar o recordar y hacer el duelo.

Pero el acontecimiento presenta dos dimensiones políticas adicionales de gran importancia: la manera en que el pasado (el acontecimiento) estructura el presente y los modos en que el presente se disputa ferozmente los significados y legados del acontecimiento. En primer lugar, como ya lo mencionamos, el acontecimiento persiste en el presente, sus memorias y legados se despliegan desde su ocurrencia y reclaman atención de aquellos presentes posteriores, estructurando las identidades sociales, fortaleciendo o debilitando la solidaridad colectiva, generando narrativas que afirman o desmienten el sufrimiento social. En esa vena, Ronald Eyerman, sociólogo norteamericano, identifica las memorias colectivas sobre la esclavitud generadas durante la primera generación de ex-esclavos como un intenso relato generador de identidades inestables y potencialmente explosivas en la comunidad afro-americana (Eyerman, 2001).⁴¹

En segundo lugar, eso explica porque el acontecimiento se convierte en un referente ineludible de tal manera que actores sociales e instituciones se apropian de sus significados para legitimarse a través de grandes

⁴⁰ Das usa «evento crítico» aunque también usa en diferentes momentos «eventos extremos» y «eventos traumáticos». Yo he preferido traducirlo por acontecimiento pues la noción la remite Das al historiador francés François Furet (1980: 33-36), quien propone acontecimiento (en francés *événement*) para señalar el conjunto de contingencias que conforman la singularidad inesperada conocida como la Revolución francesa: «[...] ocurre que el acontecimiento revolucionario, en el día que estalla, transformó profundamente la situación anterior e instituye una nueva modalidad de la acción histórica que no está inscrita en el inventario de esta situación» (Furet, 1980: 35). Para más sobre el trabajo de esta importante antropóloga, ver los ensayos recogidos en Ortega Martínez, 2008b.

⁴¹ Un capítulo de Eyerman (2001) aparecerá en Ortega Martínez, 2008a.

narrativas (de la identidad nacional, de la modernidad, de la revolución burguesa, de la libertad) como proyectos colectivos. Es pues apenas obvio que las sociedades post-conflicto tengan la imperiosa necesidad de arrestar su polisemia y fijarles un sentido, ubicarlas, si fuera posible, dentro de una gran teodicea.⁴² Furet subraya que la actualidad de Francia se ha construido a partir de lecturas muy particulares de la Revolución que la han colocado en el lugar de origen (secular, moderno, burgués, etc.).

Es por eso que el sentido de la experiencia no es ni mucho menos independiente de los modos en que el dolor es inmediatamente administrado, apropiado, distribuido y contestado por diversas instituciones, organizaciones y agentes. Por su parte, los discursos y las prácticas de los agresores buscan generar un manto de legitimidad e invalidar cualquier reclamo que puedan presentar las víctimas y para lograrlo movilizan registros colectivos de alto impacto, tales como el religioso, el étnico o el nacionalista. Estos discursos no sólo legitiman las acciones violentas sino que, frecuentemente, producen nuevas violencias través de poderosos mecanismos sociales capaces de transformar rumores en verdades colectivas que producen la sensación de comunidades seriamente amenazadas. Así, el imperativo de defensa o de desagravio puede enmarcar moralmente y existencialmente la institucionalización de una memoria particular, incluso, dirigir esa memoria para llevar a que sus miembros cometan nuevos actos de violencia (Das, 1995: 9-10).⁴³

IV. Conclusión: saber y duelo

El trabajo intelectual no consiste ahora en el simple intento por hacer visible el trauma del otro. Encontrar el camino, escuchar el dolor ajeno es permitir que el dolor del otro me ocurra. «Mi propia fantasía de la antropología como un cuerpo de escritos es aquello que es capaz de recibir este dolor. Así, aun cuando nunca pueda reclamar el dolor de otro, ni apropiármelo con algún otro fin (la construcción de la nación, la revolución, el experimento científico), lo que revela una investigación gramatical es que puedo prestar mi cuerpo (de escritos) a este dolor» (Das, 2008: 335).

El trabajo del investigador debe ofrecer adicionalmente testimonio y procurar adelantar el proceso de duelo. Testimoniar el dolor ajeno debe ser entendido no sólo como «una afirmación fáctica [...], sino que es (también) una expresión del hecho que se afirma: es al mismo tiempo

⁴² Veena Das escribe «La fuente clásica para explicar el problema del sufrimiento quizá se encuentre en las teorías de la teodicea. El término “teodicea” aparece en un texto de Leibniz de 1710. Cualquiera sea el nombre utilizado, no obstante, se puede decir que todas las sociedades humanas han elaborado alguna explicación del sufrimiento» (Ortega Martínez, 2008b).

⁴³ Ver el ensayo «En la región del rumor» en Ortega Martínez ed. (2008b).

un enunciado que al expresarlo ya constituye mi reconocimiento del hecho que expresa». ⁴⁴ No hacerlo, no entender la labor del investigador como involucrado en ese trabajo de «poesis social» del que nos habla Víctor Turner nos lleva a lo que Eric Santner llama fetichismo narrativo, «una estrategia para des-hacer, con la fantasía, la necesidad de llevar a cabo el duelo al simular una condición de total inmunidad, al situar, de manera típica, el sitio y origen de las pérdidas en cualquier otro lugar» (Stantner, 1992: 144). ⁴⁵ Y en eso las ciencias sociales aun tienen mucho camino por recorrer.

Bibliografía

Alexander, Jeffrey. 2003. *The Meanings of Social Life: A Cultural Sociology*. New York: Oxford University Press.

Alexander, Jeffrey, ed. 2004. *Cultural Trauma and Collective Identity*. Berkeley: University of California Press.

Aron, Raymond. 1961. "Thucydide et le récit des événements". *Theory and History* 1(2): 103-128.

Badiou. Alain. 2005. *Being and Event*. London, UK: Continuum.

Baker, Keith Michael. 1982. "On the Problem of the Ideological Origins of the French Revolution", en Dominick LaCapra y Steven Kaplan (eds.), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*. 197-219. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Bauman, Zygmunt. 2000. *Modernity and the Holocaust*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

Becker, Gay. 1998. *Disrupted Lives. How People Create Meaning in a Chaotic World*. Berkeley: University of California Press.

Bensa, Alban y Eric Fassin. 2002. «Les Sciences sociales face à l'événement». *Terrain* 38: 5-20.

Berger, Ronald y Richard Quinney, eds. 2005. *Storytelling Sociology. Narrative as Social Inquiry*. Boulder, Co: Lynne Rienner.

Bourdieu, Pierre, ed. 1993. *La Misère du monde*. Paris: Editions de Seuil.

Boutier, Jean. 2005. «Fernand Braudel, historiador del autoconocimiento». *Historia Crítica* 27: 239 - 258

Braudel, Fernand. 2002. *Las ambiciones de la historia*. Barcelona: Crítica.

⁴⁴ Ver el ensayo titulado «Comentarios al artículo de Veena Das "Lenguaje y Cuerpo: Transacciones en la construcción del dolor"» (Ortega Martínez ed., 2008b).

⁴⁵ Mi traducción de "a strategy of undoing, in fantasy, the need for mourning by simulating a condition of intactness, typically by situating the site and origin of loss elsewhere". Este ensayo, "History Beyond the Pleasure Principle: Some Thoughts on the Representation of Trauma", aparecerá en Ortega Martínez ed. (2008a).

- Braudel, Fernand. 1969. «Histoire et sciences sociales: la longue durée». en *Ecrits sur l'histoire*. 41-83. Paris: Flammarion.
- Burguière, André, ed. 1986. *Dictionnaire des sciences historiques*. Paris: PUF.
- Caruth, Cathy. 1996. *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*. Baltimore y Londres: Johns Hopkins University Press.
- Caruth, Cathy, ed. 1995. *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Cavell, Stanley. 1988. *This New Yet Unapproachable America: Lectures after Emerson after Wittgenstein*. Chicago: University of Chicago Press.
- Das, Veena. 1995. *Critical Events. An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Delhi: Oxford University Press.
- Das, Veena. 2007. *Life and Words. Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley, Ca: University of California Press.
- Das, Veena. 2008. «Wittgenstein y la antropología», en Francisco A. Ortega Martínez (ed.), *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de la dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, CES.
- Deleuze, Gilles. 1987. «Criba e infinito». Disponible en <http://www.webdeleuze.com/php/texte.php?cle=143&groupe=Leibniz&langue=3>
- Deleuze, Gilles. 1990. *The Logic of Sense*. New York: Columbia University Press.
- Erikson, Kai. 1976. *Everything in its Path. Destruction of Community in the Buffalo Creek Flood*. New York: Simon and Schuster.
- Erikson, Kai. 1995. “Notes on Trauma and Community”, en Cathy Caruth, (ed.), *Trauma: Explorations in Memory*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Eyerman, Ron. 2001. *Cultural Trauma. Slavery and the Formation of African American Identity*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Farmer, Paul. 2004a. “An Anthropology of Structural Violence”. *Current Anthropology* 45: 305–25.
- Farmer, Paul. 2004b. *Pathologies of Power. Health, Human Rights, and the New War on the Poor*. Berkeley, Calif.: University of California Press, 2004.
- Felman, Shoshana y Dori Laub. 1992. *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*. New York: Routledge.
- Foucault, Michel. 1982. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Mexico: Siglo XXI.
- Foucault, Michel. 1988. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia, Esp: Pretextos.
- Frank, Arthur W. 1995. *The Wounded Storyteller: Body, Illness, and Ethics*. Chicago: University of Chicago Press.

- Furet, Francois. 1980. *Pensar la Revolución Francesa*. Madrid: Ediciones Petrel.
- Geertz, Clifford. 1973. *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- Gilligan, James. 1997. *Violence: Reflections on a National Epidemic*. New York: Vintage Books.
- Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 1962. *La violencia en Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Horkheimer, Max y Theodor W. Adorno. 1994. *Dialéctica de la ilustración: fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Koselleck, Reinhart. 2004. *historia/Historia*. Madrid: Editorial Trotta.
- Lacan, Jacques. 1987. *Seminario XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Paidós.
- LaCapra, Dominick. 2001. *Writing History, Writing Trauma*. Baltimore: Johns Hopkins U Press.
- Ladurie, Emmanuel Le Roy. 1973. «Événement et longue durée dans l'histoire sociale: l'exemple chouan», en *Le Territoire de l'historien*. 169-186. Paris: Gallimard.
- Le Goff, Jacques. 1999. "Is Politics still the Backbone of History?", en Stuart Clark (ed.), *The Annales Schools. Critical Assessments*. 162-77. London: Routledge.
- Lüdtke, Alf, ed. 1995. *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experience and Ways of Life*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Moretti, Mauro. 1985. «Parlando di 'eventi'. Un aspetto del dibattito storiografico attorno alle 'Annales' dal secondo dopoguerra ad oggi». *Società e Storia* VII(28): 373-442.
- Mouffe, Chantal. 2007. *En torno a lo político*. México: FCE.
- Nora, Pierre. 1974. «Le Retour de l'événement», en Jacques Le Goff y Pierre Nora (ed.), *Faire de l'histoire. Nouveaux problèmes*. 210- 28. Paris: Gallimard.
- Ochs, Elinor y Lisa Capps. 2001. *Living Narrative: Creating Lives in Everyday Storytelling*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Oquist, Paul. 1978. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Banco Popular.
- Ortega Martínez, Francisco A. 2004. «Ética e historia: Una imposible memoria de lo que olvida». *Desde el Jardín de Freud* 4: 102-19.
- Ortega Martínez, Francisco A. ed. 2008a. *Historia, trauma, cultura. Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-CES.
- Ortega Martínez, Francisco A. ed. 2008b. *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Pécaut, Daniel. 1987. *El orden y la violencia. 2 volúmenes*. Bogotá: CEREC; Siglo XXI.
- Pécaut, Daniel. 1999. «Configuraciones del espacio, el tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano». *Revista Colombiana de Antropología* 35: 8-35.
- Perrot, Michelle. 1980. *L'Impossible prison. Recherches sur le système pénitentiaire au XIXe siècle. Débat avec Michel Foucault*. Paris: Éditions du Seuil.
- Petit, Jean-Luc, ed. 1991. *L'événement en perspective*. Paris: Éditions EHESS.
- Pomian, Krzysztof. 1984. *L'Ordre du temps*. Paris: Gallimard.
- Restrepo, Eduardo. 2008. «Cuestiones de método: eventualización y problematización en Foucault». *Tabula Rasa* 8: 111-132.
- Revel, Jacques, ed. 1996. *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Editions du Seuil.
- Ricoeur, Paul. 1995. *Tiempo y narración. 3 vols.* México, DF: Siglo XXI.
- Rosanvallon, Pierre. 1999. *La consagración del ciudadano. Historia del sufragio universal en Francia*. México, DF: Instituto Mora.
- Rosanvallon, Pierre. 2003. *Por una historia conceptual de lo político*. México: FCE.
- Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens. 1983. *Bandoleros y Gamonales*. Bogotá: El Áncora.
- Sewell, William H. 2005. *Logics of History: Social Theory and Social Transformation, Chicago Studies in Practices of Meaning*. Chicago: University Of Chicago Press.
- Stantner, Eric. 1992. "History Beyond the Pleasure Principle: Some Thoughts on the Representation of Trauma", en Saul Friedlander (ed.), *Probing the Limits of Representation: Nazism and the «Final Solution»*. 143-154. Cambridge: Harvard University Press.
- Stoianovich, Traian. 1976. *French Historical Method: The Annales Paradigm*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Tilly, Charles. 2003. *The Politics of Collective Violence*. New York: Cambridge University Press.
- Veese, H. Aram, ed. 1994. *The New Historicism Reader*. London: Routledge.
- Veyne, Paul. 1971. *Comment on écrit l'histoire suivi de Foucault révolutionnaire l'histoire*. Paris: Éditions du Seuil.
- White, Hayden. 2000. *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.